



UNA
NUEVA
HISTORIA
DEL
MUNDO
CLÁSICO

TONY SPAWFORTH

«Un libro que devuelve el pasado a la vida.»
Peter Frankopan, autor de *El corazón del mundo*
y *Las nuevas rutas de la seda*



CRÍTICA

www.elboomeran.com

Tony Spawforth

Una nueva historia del mundo clásico



Traducción castellana de
Carme Castells

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2019

Una nueva historia del mundo clásico

Tony Spawforth

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Story of Greece and Rome*

© 2018 by Tony Spawforth
Originally published by Yale University Press

© de la traducción, Carme Castells, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-136-6
Depósito legal: B. 16315 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

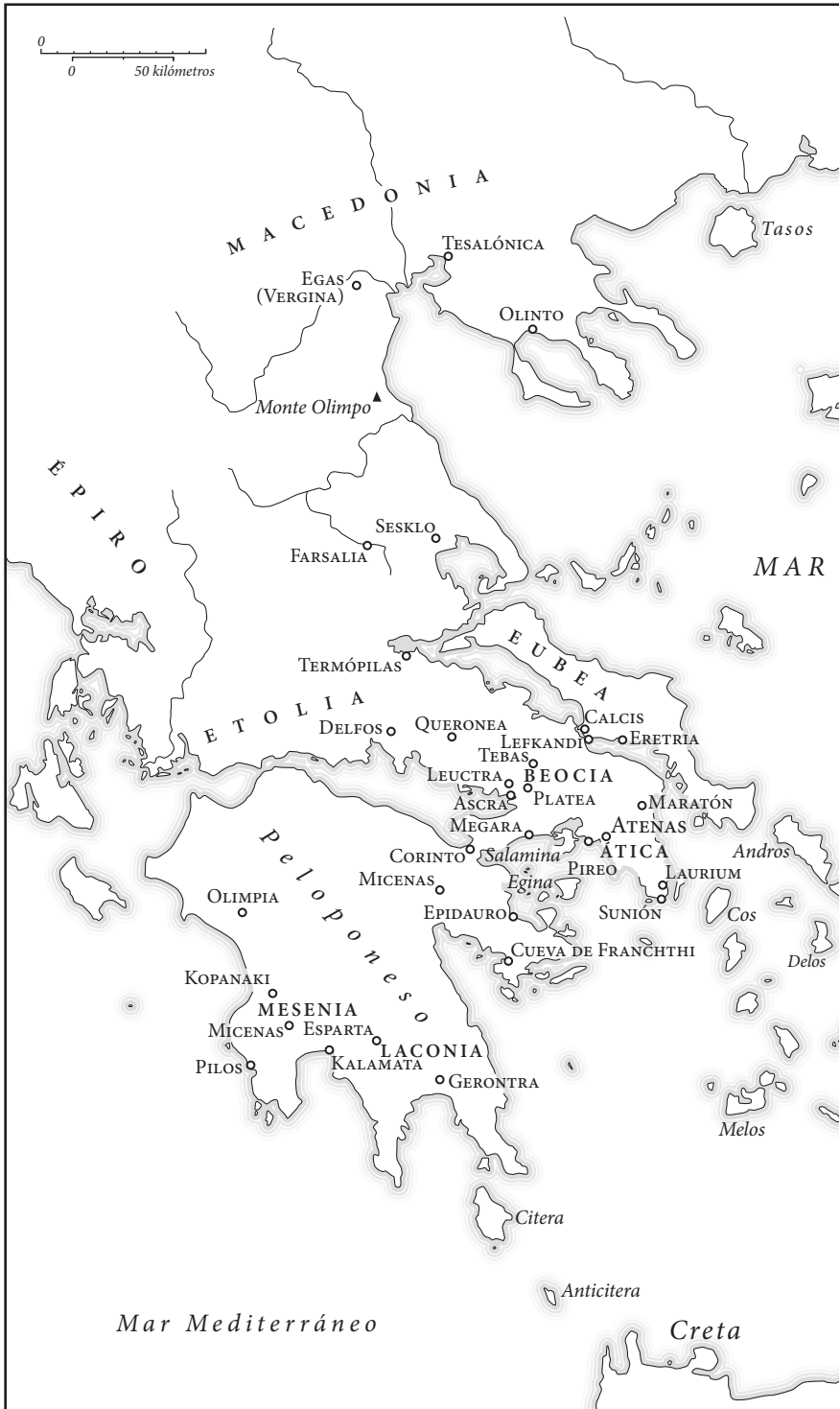
Los albores de la civilización griega

Durante la Edad de Piedra, algunos grupos humanos en distintas partes del mundo aprendieron a cultivar plantas comestibles en vez de buscar alimento en el medio silvestre. También empezaron a domesticar y a cuidar algunos de los animales salvajes que cazaban para comer. A consecuencia de ello, ya no estaban obligados a seguir las migraciones de sus presas y podían permanecer en un lugar. Surgieron así las primeras comunidades estables. Y como la agricultura y la ganadería alimentan más bocas que la caza y la recolección, estos grupos de primeros granjeros fueron más numerosos, por lo cual necesitaron organizarse de maneras más complejas.

Este cambio en la conducta humana fue trascendental: de ahí su nombre moderno, la revolución Neolítica. Tradicionalmente los historiadores ven en ello un cambio positivo: una etapa en el progreso hacia un estado más civilizado. Pero no fue un avance directo. Ciñéndose a los hechos, hoy los arqueólogos piensan que la dieta de los primeros granjeros debió de haber sido menos saludable, porque una dieta basada en cereales no es tan variada como los alimentos que ingerían la mayoría de los cazadores-recolectores y probablemente era deficitaria de algunos nutrientes.

A decir verdad, actualmente no todo el mundo comparte la idea de que la «progresión» desde el «estado salvaje» hasta la «civilización» sea el destino obvio de la humanidad. Sociedades de la Edad de Piedra sobreviven en el mundo moderno. Para muchos es injusto juzgar que los indígenas del Amazonas o de Australia son peores o inferiores porque no han «avanzado» hacia lo que otros suelen denominar «el estado civilizado». También hay quien advierte un mérito moral en estilos de vida menos influidos por los valores occidentales.

En general, para los griegos antiguos las cosas eran más sencillas. Su visión de la agricultura como una gran bendición para la humanidad procede claramente de su tradición, según la cual una divinidad benevolente in-



1. Grecia y el mundo egeo.



tervino en épocas pretéritas para enseñarle sus técnicas. Esta fue Deméter, la diosa de los cereales. Atenea hizo lo mismo con el olivo, y Dioniso con el vino. En cuanto a cómo era la vida antes de la agricultura, un escritor griego del siglo II a. C. la describió como «dura, rústica, y no muy diferente de vivir en una montaña».¹

En 1968, en una cueva, no exactamente en una montaña sino en un cabo de la costa meridional de Grecia, unos arqueólogos estadounidenses encontraron un cavernícola de la Edad de Piedra. Un hombre a finales de la veintena que, aparentemente, murió golpeado en la cabeza. Su grupo lo enterró en una tumba sencilla en el suelo de la caverna. Los arqueólogos hallaron cenizas de madera quemada con información de los anillos del árbol —técnica conocida como datación por carbono-14— y concluyeron que su muerte y entierro se produjo a finales del 7000 a. C.

Actualmente, la visita a la cueva Franchthi es un asunto civilizado. En su interior hay una pasarela de madera y paneles informativos de la excavación. Los hallazgos indican que el grupo de la Edad de Piedra que acampó allí vivía de la caza del ciervo. También recolectaban plantas silvestres como las nueces de pistacho, avena y lentejas. Se encontraron pocas posesiones personales, por ejemplo, un collar de conchas marinas.

Entre los hallazgos, los arqueólogos descubrieron herramientas básicas hechas de obsidiana, una roca similar al pedernal compuesta de vidrio volcánico. La de mejor calidad, con menos impurezas como las salpicaduras de piedra pómez, procede de Melos, una de las islas Cícladas en el mar Egeo. Lo que puede hacerse con la obsidiana es la materia de un curso moderno sobre cómo trabajarla. En estos cursos, los entusiastas de las actividades al aire libre aprenden la técnica adecuada para golpear lascas de piedra. A costa de cortes, moretones y bastante fatiga, su objetivo es picar y pulir la piedra hasta convertirla en un cuchillo primitivo, por ejemplo.

Con la obsidiana, la superficie pulida producida por estos laboriosos métodos atrae el agua atrapada dentro de la piedra, lo cual forma una «costra», y midiendo el espesor de la misma los arqueólogos pueden datar el momento en el que se fabricó la herramienta que provocó la aparición de esa costra. Gracias a estos medios, los arqueólogos saben que los cazadores-recolectores de la cueva de Franchthi ya empleaban la obsidiana unos 8500 años a. C., aproximadamente.

De ello se deduce que estos hombres de las cavernas también eran marineros o estaban en contacto con otros que desafiaban el mar Egeo en simples barcas de remos. Estas exploraciones marítimas se vieron propiciadas por la disposición de las islas, una a la vista de otra. En un día de calma, esta circunstancia invitaba a los aventureros a arriesgarse en el mar. La co-

nectividad cultural que permitía el mar Mediterráneo, con sus trascendentes consecuencias para la construcción de la antigua civilización griega, tuvo unos orígenes verdaderamente antiguos.

Nuestro escritor griego describió la vida humana antes de la invención de la agricultura como «la vida antes de Triptolemo». Un antiguo mito griego relata cómo este príncipe legendario, hijo de un rey local que gobernaba la que ahora es una ciudad satélite de Atenas, se embarcó en una especie de misión apostólica para difundir el conocimiento de la agricultura. Su maestra era la diosa Deméter. El opulento museo Getty de Malibú, en California, posee una vasija de arcilla procedente de Atenas que un artesano decoró (aproximadamente en el 470 a. C.) con una escena de esta popular historia antigua. El joven Triptolemo está sentado en un carro alado sosteniendo espigas de cereales en ambas manos. Deméter y su hija están a su lado para bendecir su misión y verle partir.

Los arqueólogos están descubriendo los hechos reales sobre cómo las siembras y los arados se originaron en Grecia. Tras estos hechos, algunos arqueólogos piensan que ello se debió a un impulso básico humano para intentar mejorar las condiciones materiales de vida. Sesklo es una población moderna situada en un gran y fértil valle en la región de Tesalia, en la vertiente egea de la Grecia central, al norte de Delfos. Hoy, el visitante ve a su alrededor un campo abierto, bien regado y no especialmente plano, lo cual significa que el suelo tiene un buen drenaje. Por tanto, a los primeros agricultores no les fue difícil sacar adelante sus cultivos, lo que les vino muy bien, pues tenían que trabajar con aperos básicos, hechos de piedra y hueso.

En Sesklo, sobre un montículo creado por el hombre, los arqueólogos han encontrado los restos de un longevo asentamiento de estos primeros agricultores, que empezaron construyendo casas sencillas de madera y barro secado al sol. Cultivaron trigo y cebada en las colinas cercanas y pastoreaban ovejas y cabras. También sabían trabajar la arcilla. Esta comunidad creció en el 6000 a. C., y en su momento álgido abarcaba más de trece hectáreas de tierra, el tamaño del campus principal de la Universidad de Columbia en Nueva York. Pero era un asentamiento de baja densidad, no una ciudad. Se cree que, como mucho, habitaron en él unas quinientas personas en un mismo momento.

Cómo estos primeros agricultores en Grecia aprendieron la nueva tecnología es un misterio. Cruzaron ovejas y cabras de líneas genéticas no oriundas de Grecia. Lo mismo puede decirse de los cereales que plantaron. Hay pruebas de ADN que indican que tanto los rebaños como las cosechas podían proceder de la actual Turquía. Agricultores procedentes de esa

zona, en su migración hacia occidente, pudieron haber llegado cargados con animales y semillas.

Trabajando con estos hallazgos, los geólogos intentan averiguar qué pensaban los primeros agricultores en Grecia. Las repercusiones psicológicas en los humanos de este enorme cambio en su estilo de vida —de ser cazadores-recolectores a agricultores aposentados— es predecible. Los hallazgos de Sesklo están expuestos en el Museo Arqueológico de Atenas y demuestran que la vida seguía siendo sencilla. En este museo encontramos tempranas muestras de alfarería. Parece un poco tosca a nuestros ojos, pues el torno de alfarero aún no había sido inventado.

También hay estatuillas de arcilla. Estas, y muchas otras como ellas, nos muestran que para los primeros agricultores griegos era importante representar la forma femenina. Son mujeres desnudas, obesas. Sus caderas, muslos y extremidades superiores están exageradamente desarrolladas, así como sus vientres. Los historiadores del arte dirían que estas estatuillas servían como símbolos de un ideal específico de lo femenino. Algunos académicos usan estas figuras enigmáticas para afirmar que el «imaginario neolítico» honraba las cualidades naturales femeninas de manera excepcional, y probablemente adoraban a las grandes diosas. En su opinión, en esas sociedades, a las mujeres reales se les daba una importancia social inusual.

El rol social de los hombres del Neolítico aún no se conoce muy bien. La comunidad de Sesklo construyó muros de piedra que rodeaban la cumbre de su montículo, y algunos arqueólogos creen que tenían una finalidad defensiva. Creen que los hombres de Sesklo pudieron ser luchadores y homicidas, y que usaban sus herramientas no solo para cazar o descuartizar animales salvajes. Los arqueólogos han identificado centenares de comunidades neolíticas que compartían el mismo territorio agrícola de Sesklo en esta parte de Grecia. Quizá coexistieron pacíficamente, o quizá de vez en cuando luchaban unas contra otras por la que era una oferta finita de terreno agrícola.

Otro objeto encontrado en Sesklo es un pequeño modelo en arcilla de una casa más o menos cuadrada. En sus cuatro lados tiene aberturas rudimentarias que, aparentemente, hacen las veces de puertas y ventanas. Tiene un techo inclinado con un orificio central, como para que saliera el humo de una chimenea. En los asentamientos neolíticos de Grecia se han encontrado muchos modelos de casas de arcilla, cuyos autores no aspiraban a crear unas representaciones fidedignas. Lo que les fascinaba era la idea de una casa.

Los arqueólogos consideran que, en Grecia, la era neolítica duró cuatro milenios, del 7000 al 3000 a. C. Los modelos de casa aparecen más o me-

nos a la mitad de este vasto lapso de tiempo. Nos muestran que la organización de la sociedad humana en Sesklo evolucionó a lo largo del tiempo. Los expertos piensan que los pioneros que fundaron esas comunidades consideraban que trabajaban para un colectivo, no muy diferente del *ethos* original del kibutz israelí. Los modelos de casa parecen indicar un cambio en esta idea de trabajar en beneficio de la comunidad; por el contrario, ponen de manifiesto la importancia del hogar individual.

El edificio más impresionante de Sesklo tiene cimientos de piedra, paredes de adobe y (originalmente) techo de madera. Los constructores lo erigieron en una plaza central, en el punto más alto del montículo, a finales del Neolítico, en el tercer milenio antes de nuestra era. Los habitantes entraban por el porche a una habitación más o menos cuadrada con un hogar rectangular de arcilla. El suelo, también de arcilla, estaba agujereado para asegurar los tres postes que una vez sostuvieron el techo.

Los arqueólogos han descubierto edificios similares de este período en muchos lugares del valle, lo cual les lleva a pensar que podían ser sitios de encuentro de la comunidad. Otra posibilidad es que tales edificios fueran residencias del estrato más alto de una sociedad que se había jerarquizado. Así pues, este sería uno de los momentos cruciales de la Grecia prehistórica, pues indica el surgimiento a pequeña escala de una sociedad en la que algunas personas tenían más categoría que otras. Algunas familias pudieron haber tenido más éxito como agricultores, o tenían más influencia comercial.

Entre los hallazgos de Sesklo se cuentan, al menos, dos cabezas de hacha de cobre, y ambas se remontan al tercer milenio antes de nuestra era. En aquella época, los primeros agricultores griegos sabían que la roca contenía metal y que ese metal era más útil que la piedra. Había artesanos que sabían fundir el mineral, o mena, en un horno para extraer el metal y —como en este caso— podían hacer la cabeza de un hacha vertiendo el cobre fundido en un molde. Las gentes de la Grecia prehistórica acababan en la Edad de los Metales.

Otro misterio de la prehistoria es cómo los agricultores del Neolítico griego aprendieron sus conocimientos metalúrgicos. Empezaron descubriendo cómo mezclar el cobre con otros elementos, sobre todo estaño. Y así pudieron obtener otra aleación, mucho más dura, a la que llamamos bronce. Eso les permitió manufacturar herramientas mucho más resistentes para actividades clave como la agricultura, la construcción y el combate. A partir del tercer milenio de nuestra era, aproximadamente, los objetos de bronce, junto a los de cobre, empiezan a encontrarse en Grecia.

Al igual que con la obsidiana y los metales, los pueblos prehistóricos del Egeo se arriesgaron a surcar el mar en barcas de remos para conectar

con los grupos humanos que controlaban los recursos metalíferos. Cuando viví y trabajé en Atenas, poco antes de cumplir los treinta, solía pasar mis días libres en la isla griega de Andros, a la que es fácil acceder en autobús o en ferri. Andros es la más septentrional de las Cícladas, un archipiélago del Egeo central. Aquí, en un cabo de la costa, los arqueólogos descubrieron las primeras pinturas rupestres de la zona.

Junto a lobos, chacales y un pulpo se encuentra el dibujo —rudimentario a nuestros ojos— de una barca, una especie de canoa grande, con una hilera de remos. Este tipo de embarcación podía transportar una carga modesta. A finales del Neolítico —época en la que datan estas pinturas rupestres— el ritmo del comercio se aceleró. También se instauró cierta jerarquía en los asentamientos. Dado que estas grandes embarcaciones requerían muchos brazos, solo las grandes comunidades podían permitírsela.

En aquella época las islas Cícladas albergaban algunas de las primeras fuentes de mineral de cobre. El visitante actual del museo Goulandris de Arte Cicládico en el centro de Atenas se ve trasladado a los primeros tiempos de la metalurgia griega. En el primer piso, en una sala que parece el escaparate de una joyería, se expone la mayor colección del mundo de las llamadas estatuillas cicládicas. Un ejemplar característico de ellas mide unos 25 centímetros de altura y está esculpido en el mármol blanco que tanto abunda en las Cícladas. La figura representa una mujer desnuda con una cabeza ovalada que «se aguanta» con los pies inclinados, las rodillas ligeramente dobladas y los brazos cruzados sobre el vientre, debajo de unos grandes pechos. El visitante apreciará mejor el alto nivel tecnológico alcanzado si se fija en la tersura y el pulido de la dura superficie marmórea.

Estas austeras figuritas disfrutaban ahora de una segunda vida como preciados iconos del «arte» de la temprana Edad de Bronce en el Egeo. En las vitrinas actuales del museo principalmente transmiten la impresión de una forma blanca pura. Esto llamó la atención de los artistas modernistas como Brancusi o Giacometti. Sin embargo, los arqueólogos han observado vestigios de pintura original en algunas estatuillas. En su día estuvieron decoradas con tatuajes y joyas. Para ello, los artesanos de las Cícladas debieron de haber empleado pigmentos naturales como el ocre, extraído de los ricos depósitos de mineral de sus islas.

En el museo Goulandris se expone uno de los primeros cinceles cicládicos de bronce. Las gentes tatuadas que elaboraron estas figuritas eran agricultores isleños de la temprana Edad de Bronce griega. El máximo apogeo de su forma de vida se prolongó durante unos cinco siglos, aproximadamente desde el 2800 hasta el 2300 a. C. En general, las estatuillas representan la forma femenina desnuda en la misma postura. La uniformi-

dad del estilo nos indica que los isleños desarrollaron un sentido compartido de comunidad cultural. Desafiando vientos y corrientes, estos pueblos emplearon sus rudimentarias barcas de remos para visitarse unos a otros.

Estos viajes peligrosos eran una cuestión de supervivencia básica. Los arqueólogos examinan sistemáticamente los paisajes de la isla en busca de nuevos hallazgos en la superficie —sobre todo, fragmentos de cerámica— que indiquen la presencia de un antiguo asentamiento. Los resultados muestran que las islas estuvieron tan poco habitadas en la temprana Edad de Bronce que es sumamente improbable que sus escasos moradores se reprodujeran demográficamente, lo que les haría embarcarse en busca de parejas. El significado original de las estatuillas sigue siendo un enigma. Una hipótesis tentadora es que las mujeres desnudas de mármol simbolizan, entre otras cosas, el gran valor que estos isleños atribuían a la fertilidad de las mujeres.

Al sur de las Cícladas hay una procelosa extensión de mar abierto que el navegante antiguo, acostumbrado a ir de isla en isla, tenía que cruzar para llegar a la masa terrestre meridional de Grecia. Tradicionalmente, es aquí, en la isla de Creta, donde los arqueólogos iniciaron la historia de los primeros «estados» europeos; es decir, de las primeras comunidades organizadas políticamente bajo una autoridad centralizada que ostentaba el poder sobre una sociedad compleja que ya no se basaba únicamente en el parentesco y los clanes.

Los griegos antiguos tenían muchas leyendas sobre la pasada grandeza cretense. El protagonista de estas leyendas era un rey llamado Minos, que vivía en un lugar llamado Cnosos:

Minos fue el primero, de los que conocemos por tradición, en dotarse de una flota y extender su dominio por la mayor parte de lo que hoy llamamos mar Heleno; sometió las islas Cícladas y fue el primer colonizador de la mayoría de ellas expulsando a los carios e instaurando en su gobierno a sus propios hijos.²

Estas son las palabras de un historiador griego, Tucídides, que escribió su relato de la historia griega a finales del 400 a. C. Para las élites cultas británicas de la Inglaterra del siglo XIX, esta alusión a un imperio antiguo basado en el poder naval y la colonización les parecía algo familiar. Tucídides contribuyó a inspirar a un arqueólogo aficionado británico a ir a Creta y a excavar para encontrar pruebas de la existencia de Minos.

Entre los artefactos de la Creta prehistórica expuestos en el Museo Británico se encuentran varios objetos que figuran como donación de sir Arthur Evans. Este hombre victoriano, de menguada estatura, producto

de la Harrow School y de la Universidad de Oxford, procedía de una familia que se enriqueció con la fabricación de papel. En 1990, cuando era un hombre de mediana edad, empleó este dinero para comprar la tierra y empezar las excavaciones en el lugar que los viajeros que le precedieron ya habían identificado como el antiguo Cnosos.

Evans encontró restos de edificios, construidos uno encima de otro durante un período de casi seiscientos años, que abarcaba aproximadamente desde el 1900 al 1370 a. C. Estos edificios formaban parte de una enorme estructura de varios pisos de la Edad de Bronce mediana y tardía, cuyo centro era un gran patio y que disponía de un elaborado sistema de drenaje de tubos de arcilla y canales de piedra. Este complejo laberíntico quedó parcialmente convertido en ruinas y fue reconstruido varias veces en el transcurso de su larga vida. Los arqueólogos atribuyen gran parte de la culpa de este ciclo de destrucción y renovación a la actividad sísmica, por la cual Creta y sus alrededores son bien conocidos: solo en 2014 la isla sufrió cuarenta y cinco terremotos, un promedio de casi uno por semana.

Encontró también vestigios de escritura, así como muchos objetos artísticos refinados. Entre ellos, las pinturas murales que conservaban atisbos de un mundo cortesano de mujeres elegantemente ataviadas, con los senos al descubierto. En una de las pinturas se ve a un joven atlético ataviado con una falda corta que saltaba por encima de un toro. Este peligroso deporte recuerda a los toreros de la región de Gers, en el suroeste francés, que muestran sus habilidades haciendo piruetas sobre las grúas de los astados. La imaginería taurina del antiguo Cnosos deja entrever una posible fuente de riqueza local: la cría de ganado.

Para interpretar sus hallazgos, Evans combinó las antiguas historias griegas con supuestos basados en la política internacional de su época. Llegó a la conclusión de que el gran complejo era un palacio, sede del poder político de Minos y su dinastía. En su interior encontró objetos y elementos que, a su parecer, probaban el culto a las diosas y la existencia de altares dedicados a ellas. De manera que convirtió a Minos en un gobernante que combinaba la autoridad secular y la religiosa: un rey sacerdote. Y a este pueblo perdido le dio el nombre de «minoico». No dudó en calificar su estilo de vida como «civilización»; en su opinión, la primera en Europa que merecía tal nombre. Mezclando imágenes del Imperio romano y del británico, para él los minoicos, habitantes de centros no fortificados como Cnosos, constituían un imperio marítimo benevolente que presidía una «pax minoica» o «paz minoana».

Los minoicos se plantearon preguntas básicas, como quiénes eran y de dónde procedían. Debajo de los «palacios» Evans encontró restos aún más

tempranos, que se remontaban en el tiempo hasta los agricultores del Neolítico de esta parte de Creta en el 6000 a. C. Por tanto, la civilización minoica pudo haber sido autóctona, basándose en anteriores avances. Por ejemplo, los arqueólogos hallaron en Creta astillas de olivo empleadas como leña para el fuego unos trescientos años antes del primer «palacio». Este hallazgo indica que en Creta ya se producía aceite en esa época, pues con toda probabilidad las astillas procedían de la poda de los olivos cultivados.

Entre los estímulos que llevaron a la cultura humana de la Creta prehistórica a crear la civilización minoica ciertamente se encuentran los contactos allende los mares. En Cnosos, en los primeros niveles se encontró un fragmento de diente de hipopótamo. Esta antigua alternativa al marfil de los elefantes pudo haberse originado en Egipto, en el río Nilo.

Aun sin las tradiciones posteriores de los griegos antiguos sobre el poderío naval minoico, probablemente es importante el hecho de que, en la temprana Edad de Bronce, en Creta se produjeron grandes avances en la navegación durante los dos o tres siglos antes del primer «palacio» de Evans en Cnosos. Hasta entonces, el arriesgado asunto de recorrer grandes distancias en canoas de remos debió haber limitado mucho el alcance y la frecuencia de los viajes por el mar Egeo. Más adelante, a finales del segundo milenio a. C. se produjo un cambio fundamental: las comunidades cretenses empezaron a navegar en barcos de vela.

Prueba de ello son las imágenes de estos barcos que aparecen dibujadas en las pequeñas piedras a las que los artesanos cretenses dieron forma de sellos para que sus propietarios los lucieran como ornamentos y los empleasen para sellar. Estas tempranas imágenes de las embarcaciones de gran calado reflejan un gran avance para la navegación. Ahora, los cretenses y sus vecinos podían emprender viajes más rápidos a mayores distancias, más a menudo y con más carga. Las familias o grupos de la sociedad isleña que controlaban esta rápida vía de intercambios con el mundo exterior aumentaron su riqueza y su poder.

Desde el pionero trabajo de Evans, los arqueólogos han descubierto «palacios», pueblos, «villas», santuarios en las montañas y tumbas minoicas en toda la isla. Más allá de Creta, en la isla de Santorini, también perteneciente a las Cícladas, encontraron un asentamiento, similar al de Pompeya, enterrado bajo las cenizas y la pumita debido a una violenta erupción del volcán de la isla. En este asentamiento se hallaron casas de estilo minoico y gran número de recipientes de arcilla de un tipo característico de la Creta minoica para el transporte y almacenamiento del aceite de oliva y el vino cretenses. La prosperidad minoica se basaba también en la agricultura y en la explotación de los excedentes.

En 1990, los austríacos desenterraron miles de fragmentos de pinturas murales de estilo minoico en un yacimiento arqueológico en el norte de Egipto. Mucho antes de este último descubrimiento, los arqueólogos identificaron como minoicos el «Keftiu» de textos y arte egipcios. Se trataba de hombres con faldas y peinados al estilo cretense que llevaban presentes a los faraones Hatshepsut (que reinó entre 1473-1458 a. C., aproximadamente) y Tutmosis III, que gobernaba con ella. De manera que, en su apogeo, los minoicos y su forma de vida dejaron una profunda huella en gran parte del Mediterráneo oriental, incluido Egipto, la gran potencia regional de la época.

Quizá el signo más obvio de que estos minoicos eran una sociedad relativamente «avanzada» es su uso de la escritura. En el Museo Británico se expone una magnífica cabeza de hacha cuyo ojo para la empuñadura está flanqueado por dos signos lingüísticos. Esta escritura es única en el mundo antiguo. Evans la denominó «lineal A» porque —como en este caso— los signos consisten en líneas combinadas en vez de los estilizados dibujos de objetos que, por ejemplo, constituyen los jeroglíficos de los egipcios. Gracias a los contactos efectuados por las embarcaciones que navegaban entre Oriente y Occidente, los minoicos conocieron la escritura, una invención más antigua de Oriente Próximo. Alguien se dio cuenta del potencial que ello representaba para la Creta minoica, y se produjo una transformación cuando los minoicos adoptaron ideas extranjeras que les convenían.

Pese a todos sus esfuerzos, los expertos aún no han logrado descifrar la escritura lineal A, ni mucho menos identificar la lengua que reflejan. Con más confianza, los arqueólogos sí pueden comentar cómo los minoicos empleaban este lenguaje. Inscritos en «páginas» de arcilla, en los documentos más largos hay números y listas que parecen ser cuentas, registros de transacciones y otras actividades similares. Hay signos concretos para «oliva» y «vino». Estos productos se almacenaban al por mayor en algunos «palacios» minoicos. En Cnosos, Evans encontró una serie de 18 almacenes oblongos que acopiaban unas 150 tinajas de gran tamaño, cada una de las cuales alcanzaba prácticamente la altura de un ser humano.

Uno de los grandes enigmas de la Creta minoica tiene que ver con los propios «palacios». En la actualidad, muchos arqueólogos cuestionan la interpretación de Evans, para quien Cnosos era la sede de una monarquía. Para los expertos, el término «palacio» es poco adecuado y prefieren designarlo como «edificio del tribunal». Este término da mayor importancia a los patios pavimentados que ocupan el centro de estos complejos, tanto en Cnosos como en todas partes de Creta.

La ausencia en el arte minoico de representaciones de gobernantes no apoya el concepto de «palacios» minoicos. En las monarquías coetáneas del lejano Oriente, los artesanos de las grandes obras de arte servían principalmente a los dioses y al monarca. En el yacimiento egipcio de Deir el-Bahari, al oeste de Tebas, el gran templo construido por la reina Hatshepsut está lleno de estatuas de un único personaje, la reina. En Cnosos, Evans denominó a un espacio la «sala del trono» porque apoyado contra uno de sus muros encontró un asiento muy elaborado con un respaldo alto y tallado de un mineral parecido al alabastro, denominado *gypsum* (yeso, en latín). En la actualidad, los arqueólogos creen que en esta sala se celebraban rituales religiosos. Quizá quienes se sentaban en ese «trono» eran un sacerdote o una sacerdotisa.

En el Museo Británico encontramos pistas de una de las actividades importantes del palacio de Cnosos; concretamente, en las estanterías que exhiben objetos de cerámica minoicos. Muchos de estos objetos son copas. Las más finas tienen unas paredes delgadas y están bellamente decoradas con un fondo negro sobre el cual el alfarero ha añadido dibujos en rojo o en blanco. Son ejemplos de la llamada cerámica de Kamarés, el producto superior de un nuevo invento cretense, el torno de alfarero, y que se usaban principalmente para beber. Dichas vasijas se almacenaban en grandes cantidades en los edificios de los tribunales. En un lugar de Cnosos, los arqueólogos encontraron más de ciento cincuenta copas esparcidas por el suelo. Algunas de ellas eran más grandes que otras.

Unos recipientes especialmente suntuosos son los llamados ritones, que adoptan la forma de una cabeza de toro tallada en piedra. El artesano vaciaba la cabeza y después sellaba el cuello con otra «placa» de piedra. Para realzar su impacto, a este tipo de cabezas se les podían añadir ojos de cristal de roca, o destacar los orificios nasales con una lámina de oro. Estas cabezas no solo se hacían para deslumbrar, sino que tenían agujeros en su parte superior e inferior para guardar y verter líquidos. Además, no se ha encontrado ninguna de estas cabezas intacta, sino solo fragmentos de ellas y, curiosamente, a todas les faltaba el hocico. Los arqueólogos suponen que se las rompía deliberadamente con un golpe en la nariz después de usarlas.

No es de extrañar que el lector asocie esta costumbre con la de la Grecia actual, en la que se rompen platos y vasos durante las celebraciones. Actualmente, los arqueólogos imaginan que los patios centrales de los «palacios» eran un escenario espectacular para que, entre otras cosas, la comunidad celebrase grandes fiestas. En su opinión, un estrato social compuesto por las personas más importantes de la sociedad minoica se reuniría periódicamente en estos patios para estrechar vínculos comiendo y bebiendo, y

los recipientes con cabeza de toro sugieren interacciones rituales y ceremoniales. Los banquetes de las cofradías londinenses, con sus entrañables copas, discursos, música y procesiones, parecen ser un pálido reflejo moderno de este estilo ritualizado de comensalidad.

Todos estos festejos pueden sugerir un liderazgo minoico necesitado de cohesión social para reducir el peligro de los conflictos en el seno de la comunidad. El estudio del armamento minoico ha hecho que los arqueólogos hayan abandonado en gran medida la utopía de los minoicos «pacíficos» de Evans. La cantidad de dagas, espadas, puntas de flecha y otras armas de bronce minoicas parece demasiado elevada como para pensar que los minoicos solo iban armados en ocasiones ceremoniales o por cuestiones de estatus, nunca para amenazar, o para ejercer, la violencia.

Otro gran enigma tiene que ver con la desaparición de Cnosos como el centro de un estado prehistórico. Alrededor del 1450 a. C. los edificios sufrieron daños en un momento en el que otros edificios de tribunales de la isla fueron destruidos y nunca reconstruidos. Con todo, Cnosos siguió actuando como centro político. Los arqueólogos no saben con certeza cuándo llegó el final, quizá tres generaciones después, allá por el 1370 a. C., Cnosos quedó totalmente destruido, y esta vez no se reconstruyó.

En Cnosos los engranajes del poder giraron hasta el último momento. Esto se sabe porque la destrucción fue causada por el fuego, que coció una última generación de más de dos mil tablillas administrativas con escritura lineal. Pero Evans, que encontró esas tablillas, vio que la escritura tenía una forma diferente y más tardía que la escritura lineal que hemos mencionado anteriormente. Por ello, denominó a estos textos «escritura lineal A» y «escritura lineal B», respectivamente. Al contrario que la primera, esta última se ha podido descifrar.

En 1952 un antiguo piloto de guerra y lingüista aficionado, el arquitecto Michael Ventris, un británico, lanzó una bomba, al demostrar que la lengua de la escritura lineal B era una forma —la más antigua conocida— del griego antiguo. De golpe resultó que los primeros minoicos que empleaban la lineal A no hablaban griego, pero los que empleaban la lineal B sí. En la época de Ventris, los arqueólogos también habían encontrado —y siguen encontrando— tablillas escritas en lineal B en yacimientos de la Edad de Bronce en la misma Grecia. De ello se sigue que, en su fase final, Cnosos estaba mucho más próxima al continente que antes, desde el punto de vista cultural y quizá, también, del político.

En cuanto a cómo era la Grecia continental en la Edad del Bronce, los griegos antiguos de la época histórica contaban muchas historias sobre dos dinastías rivales que gobernaban en el pasado remoto, la época que daría

lugar a la guerra de Troya. Las obras que han llegado hasta nosotros, fruto de la imaginación de poetas y dramaturgos griegos, han asegurado la inmortalidad del rey Edipo de Tebas en la Grecia central, que involuntariamente mató a su padre y desposó a su madre, o de Agamenón de Micenas en el Peloponeso, que condujo a los griegos a la victoria en Troya, para al final ser asesinado a su regreso al hogar por su mujer, mientras él se estaba bañando.

Estos relatos inspiraron a otro arqueólogo pionero, un rico hombre de negocios alemán llamado Heinrich Schliemann. En 1876, mediada la cincuentena, Schliemann empezó sus excavaciones en el noreste del Peloponeso, en la antigua Micenas. Sus hallazgos fueron tan sensacionales que, cuando los publicó en un libro, el propio William Gladstone, cuatro veces primer ministro británico, escribió el prólogo. Schliemann encontró fabulosos tesoros que se remontaban, aproximadamente, al 1550 a. C., el mismo período en el que el Cnosos minoico estaba en su apogeo.

Entre estos hallazgos, que hoy constituyen el principal acervo del Museo Nacional Arqueológico de Atenas, se cuentan una máscara de oro de un hombre con bigote a la que Schliemann, en el colmo de la excitación, identificó como la «máscara mortuoria de Agamenón». Como Evans haría unos veinte años después, Schliemann descubrió una nueva civilización de la Edad del Bronce. Desde entonces los arqueólogos han demostrado que esta civilización «micénica» duró unos cuatro siglos, mucho más de lo que Schliemann creyó.

En la década de 1950, un equipo compuesto por estadounidenses y griegos reanudó las excavaciones en un yacimiento micénico descubierto antes de la segunda guerra mundial, en la antigua Pilos, al suroeste del Peloponeso. Estas excavaciones dieron a conocer la fase culminante de la cultura micénica en el 1200 a. C. Bajo un techo protector de chapa ondulada, el visitante actual tiene ante sí una especie de complejo abigarrado de habitaciones y dependencias delineadas por restos de muros. En el centro de este complejo hay una sala rectangular con porche, vestíbulo y salón con un núcleo circular central en el que las gentes se reunían para tomar vino, a juzgar por los vasos que se encontraron en ella. Al otro lado del Peloponeso, quienes visitan Micenas y la cercana Tirinto encuentran otros ejemplos no tan bien conservados de estas salas centrales con idéntica disposición. Esta sorprendente muestra de uniformidad cultural micénica parecería responder a una planificación centralizada, y muchos arqueólogos consideran que estas construcciones elitistas son palacios de gobernantes micénicos de entre el 1300 y el 1200 a. C.

A diferencia de los edificios de tribunales del apogeo minoico, estos palacios micénicos posteriores han dejado textos escritos que los lingüistas

pueden leer. Al igual que en Cnosos, en Pilos en una conflagración final se coció un archivo de tabletas escritas en lineal B, con más de un millar de ellas. El que Ventris descifrase la escritura lineal B permitió desvelar el contenido de estos documentos en griego micénico. Obra de los escribas de palacio, estas tablillas detallan, principalmente, el detalle económico cotidiano, el pedido y la redistribución de bienes y la gestión de los trabajadores al servicio de palacio. Con ello, las tabletas revelan que Pilos era el centro político de este cuadrante suroccidental del Peloponeso.

También mencionan a un oficial supremo al que denominaban *wa-na-ka*. Esta es una forma del término griego arcaico *anax*, que significa «amo» o «señor». De ello se sigue que los personajes de la realeza del pasado remoto de Grecia tenían una realidad histórica más allá de las historias de los autores griegos clásicos. Aún no se sabe si hubo más de un *wa-na-ka*, cada uno gobernando su propio territorio, o un único *wa-na-ka* que presidía todos los centros palaciegos de un megaestado micénico, como se dio a entender cinco siglos después en el poema de Homero, la *Iliada*. Según este autor, Agamenón de Micenas era el líder supremo de los griegos, el «rey [*anax*] de hombres».

Al parecer, algún escriba micénico creó el lineal B adaptando la escritura lineal de la Creta minoica a su propia lengua. Muchos de los signos son muy parecidos. Los arqueólogos han descubierto otros muchos testimonios de un estrecho contacto cultural entre la Micenas continental y Creta. Un pájaro en el fresco de «Orfeo», en Pilos, pudo haber volado fácilmente de una pintura mural micénica. En el mar Egeo debió producirse un animado intercambio.

Un inesperado descubrimiento en Turquía nos permite atisbar los peligrosos viajes que apuntalaban el estilo de vida micénico. En 1993, mientras daba unas charlas durante un crucero por la costa suroccidental de Turquía, adelantamos a una barquita de apoyo a submarinistas que se mecía en las engañosamente plácidas aguas próximas al cabo Uluburum, unas cinco millas al este de la ciudad turística de Kas. Era la penúltima temporada de una campaña de diez años emprendida por arqueólogos submarinos, que laboriosamente exploraban el naufragio de un antiguo carguero que sufrió un fin violento mientras intentaba rodear la costa en algún momento de principios del 1300 a. C.

La carga principal de esta nave era el cobre, unas diez toneladas de lingotes ordenadamente escalonados y sujetados en filas. También había aproximadamente una tonelada de estaño, el otro componente esencial para la fabricación del bronce. Las pruebas demuestran, con casi total certeza, que el cobre procede de Chipre, para entonces el mayor proveedor de

este metal en el Mediterráneo oriental. Cabe pensar que el estaño venía de mucho más lejos, tal vez transportado hasta el Mediterráneo por reatas de burros desde el remoto Afganistán.

Otros descubrimientos sugieren un puerto de origen del navío en lo que ahora es el sur del Líbano e Israel. En esta zona los arqueólogos sitúan una sociedad de navegantes comerciantes a los que denominan «sirio-cananeos» y a los que consideran como los ancestros de la Edad del Bronce de los posteriores fenicios. Hallazgos de objetos aparentemente personales de cerámica y armamento micénicos indican la presencia en la desventurada nave de griegos micénicos, tal vez mercenarios o emisarios. Artículos de lujo como huevos de avestruz, marfil y un escarabajo de oro con el nombre de Nefertiti (1340 a. C., aproximadamente), la hermosa reina egipcia, inscrito en jeroglíficos, indican que este no es un surtido normal de mercancías, sino más bien un regalo de un gobernante a otro.

Tampoco esos fueron tiempos pacíficos. El mundo de los palacios micénicos se desarrolló a partir de una sociedad de guerreros anterior que existió en la Edad de Bronce griega. En 2015 los arqueólogos de Pilos hallaron la tumba casi intacta de uno de estos guerreros, un hombre acomodado a principios de la treintena enterrado con una espléndida espada de bronce —con empuñadura de marfil dorado—, y con un espejo y varios peines, el ajuar de un guerrero jactancioso, orgulloso de su apariencia.

Unos dos siglos después, hacia el 1200 a. C., al menos uno de estos palacios más recientes fue totalmente fortificado. Los griegos antiguos de la época clásica estaban muy impresionados por los grandes bloques de las defensas prehistóricas de Micenas, a las que consideraban obra de gigantes. Uno de los hallazgos más famosos de Schliemann en Micenas fue un vaso de cerámica de unos cuarenta centímetros de alto, realizado en la época y ahora también expuesto en el Museo Nacional Arqueológico de Atenas. La decoración pintada muestra una marcha de hombres barbudos, armados y blindados hasta los dientes. Se ha sugerido que tal vez participasen en un funeral. Aun así, esas figuras representan claramente que en la sociedad que construyó los palacios micénicos había una clase guerrera.

Nadie sabe con certeza cuándo ni cómo llegó todo a su fin. El fuego consumió los palacios alrededor del 1200 a. C. en una catástrofe generalizada que devastó Micenas, Tirinto, Pilos y Tebas. Fue una época de gran inestabilidad: la capital del Imperio hitita, la antigua Hattusa, a unos trescientos kilómetros al este de la moderna Ankara, también fue destruida. Dando a estos remotos acontecimientos un eco moderno, algunos expertos opinan que el cambio climático pudo haber contribuido al desmoronamiento de estas culturas. Las muestras extraídas del núcleo del lecho del

mar de Galilea muestran un aumento repentino del tipo de plantas que encontramos en terrenos desérticos durante los años comprendidos entre el 1250 y el 1100 a. C., como si hubiera habido un período de grave sequía en el Mediterráneo oriental.

Sin embargo, en la Grecia continental, además de cualquier otro avatar que hubiera podido suceder, el hundimiento de Micenas fue, sin lugar a dudas, político. El sistema estatal que construyó los palacios desapareció junto con los registros, los objetos lujosos y los demás signos de una civilización compleja. A juzgar por la historia arqueológica, durante los dos o tres siglos posteriores los supervivientes vivieron una vida mucho más sencilla.

Durante esos siglos, la siderurgia se difundió lentamente en Grecia, con importantes implicaciones económicas. Las minas de hierro abundan en el país. Con el tiempo, esta abundancia doméstica de una materia bruta tan importante socavaría el antiguo sistema del comercio a larga distancia de cobre y estaño. Las tradiciones orales que los supervivientes mantuvieron vivas fueron convirtiendo poco a poco el vago recuerdo del mundo micénico en leyenda.

Además de la riqueza de estas historias, los micénicos legaron también a los siglos siguientes muchos monumentos abandonados, algunos de los dioses griegos y, en ciertos lugares, una población que hablaba en griego. Los tiempos prehistóricos sentaron una base cultural a partir de la cual construyeron los griegos posteriores. No obstante, como veremos en los siguientes capítulos, lo que surgió siglos después de que desaparecieran los palacios sería muy distinto de lo de antes.